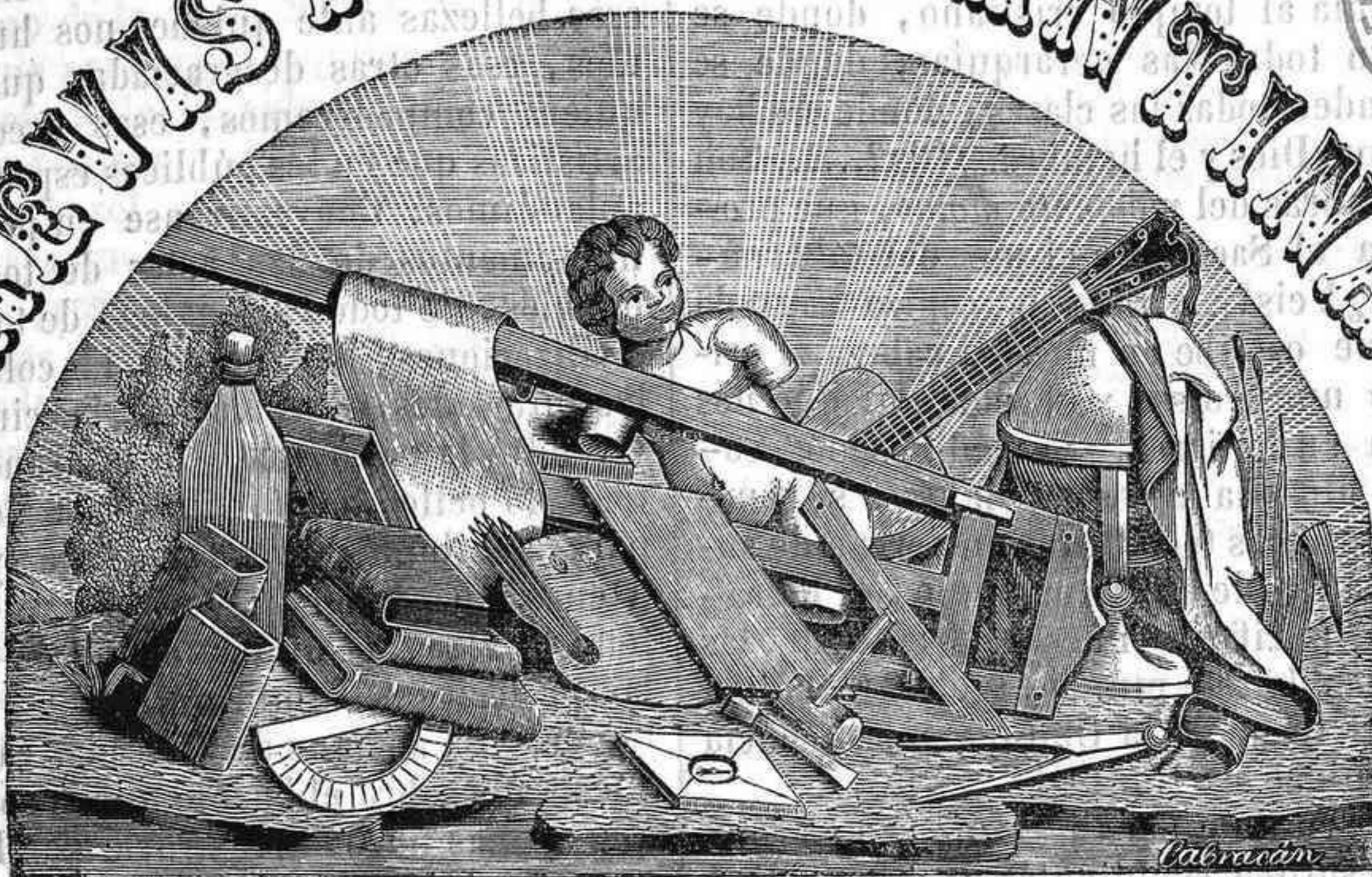


# REVISTA SALMANTINA.



## Periódico de Literatura, Ciencias y Artes.

### EL MIERCOLES DE CENIZA.

Tempora labuntur, taciturne senescimus annis,  
Et fugiunt fræno non remorante dies.

(OVIDIO.)

«Acuérdate, hombre, que eres polvo y en polvo te has de convertir.» Hé aquí las sublimes palabras con que hoy recuerda la Iglesia el origen del hombre y el porvenir de su cuerpo perecedero y miserable. Esa apóstrofe cristiana nos sale al encuentro en medio de los devaneos de un mundo que nos fascina con sus albagos y nos aprisiona con sus cadenas de engañoso oropel y de goces ficticios. Esos días de continuadas vacanales, que llamamos *Carnaval*, ese ruido, esa confusión, esa Babel incomprensible en que se olvidan tantos deberes y se prostituyen y venden tantas virtudes; ese vértigo que se apode-

ra de todos los ánimos, ese frenesí que ocupa el lugar de la razón, ese *mare magnum* en que nos agitamos y bullimos, y donde, como miseros naufragos, pocas veces podemos asirnos á una tabla salvadora; todo eso, repetimos, no es otra cosa que el mundo epilógado en unos pocos días de insensatez y delirio, en que hacemos callar al alma, para que la carne impere bajo multiformes disfraces. El Carnaval es el resumen viviente en que la sociedad presenta de relieve su estructura, su mecanismo y su forma; el Carnaval es la bulliciosa parodia, donde todos nos ponemos una careta visible, como si no la llevásemos todo el año; el Carnaval es la fiebre periódica que padecen los pueblos, el beleño que adormece por un momento sus males, la sima que traga no pocos ahorros, el pretesto para mil ruinosas deudas, el bazar donde se compran muchas virtudes.

¿Ois?..... Es la campana bendita, cuya



sonora vibración llega á perderse entre los últimos sonidos de la orquesta de un baile y las mil voces de los disfrazados máscaras. Esa campana nos llama al recojimiento y á la oración: esa campana nos guía al templo cristiano, donde se nivelan todas las gerarquías, donde se confunden todas las clases, donde no hay mas que Dios y el hombre. ¿Oís?..... Son las palabras del *memento homo*, que pronuncia el Sacerdote al pié del tabernáculo. ¿Veis?..... Es la ceniza sagrada con que escribe en nuestra cabeza el origen de nuestro ser y el porvenir que nos espera en la tierra. ¡Si meditásemos sobre la filosofía de esas palabras, si comprendiésemos todo lo que encierran de sublimidad y de espiritualísimo, si lográsemos purificar nuestra frente de las manchas de este mundo, y elevar el alma hasta el trono de la Omnipotencia, hácia la eternidad sin límites!

Ese grupo de máscaras que van en confuso desorden soñolientos y desmadejados, con muchas ilusiones de menos y tal vez no pocos remordimientos de mas: esos máscaras que corren de un lado á otro dando gritos insensatos y atiplando la ya enronquecida voz, tienen que hacer alto para dar paso á un espectáculo de otro género que les sale al encuentro; es el entierro de un hombre, que ahora es un puñado de polvo, y el año último les acompañaba en su locura, radiante de vida y de ficticia felicidad. Abridle paso; acaba de despojarse de su traje y de su careta, y vá á descansar en el seno de la madre tierra por toda una noche de tinieblas perdurables; su alma habrá sido juzgada á estas horas en el tribunal del Altísimo. Ha muerto muy cerca de ese mismo lugar donde tanto os habeis solazado, y el estertor de su agonía y los ayes y lamentos de su desconsolada familia, se han mezclado muchas veces con el estrépito de la orquesta y el ruido y la gritería de vuestra querida diversion. Así es el mundo; la vida dando paso á la muerte; la muerte sorprendiendo á la vida en medio de sus mas anhelados goces.

Del polvo nacieron los reyes y los pastores, los sábios y los héroes; fueron

iguales al dar el primer vagido en el seno de sus madres; mas tarde son iguales tambien cuando, despues de la vida, se confunden sus cuerpos con la tierra de los sepulcros. Convertiranse en polvo esas bellezas ante quienes nos humillamos, esas otras desgraciadas que ni siquiera compadecemos, esas excelencias artisticas que en los públicos espectáculos aplaudimos. Convertiranse en polvo los monumentos de las artes de todos los pueblos, de todos los siglos, de todas las civilizaciones; los templos, las columnas, las pirámides, los palacios, las ciudades, y vendrá la ruina de todo lo grande y de todo lo bello, como vino para Menfis y para Babilonia y para Palmira y para Atenas y para Roma; y al «FIAT» del que todo lo hizo, el mundo dejará de ser, y las profecías se cumplirán.

¿Veis ese anciano de plateados cabellos, encorvado sobre el báculo que lo sostiene, que apenas puede arrastrarle por la tierra que ya le reclama? Pues no ha muchos años que hacia lo que vosotros haceis, se divertia como vosotros os divertis, gozaba como vosotros gozais. Entonces era de elevada estatura y gallardo continente; vistió el uniforme de la patria, y silvaron cien veces sobre su rubia cabellera las balas enemigas. Amó como vosotros amais, y brilló en ese torbellino del mundo, como vosotros acabais de brillar en esas noches deliciosas. Como el vuestro latió su corazón de entusiasmo, y se abrió á todas las emociones de la vida, y concibió su mente todas las ideas nobles y generosas. Pues bien, miradle ahora, que apenas puede levantar esos mismos pies que, ágiles en otro tiempo, se movieron sobre alfombras y flores en los saraos de su época. Abridle paso; ya no conserva ni una ilusion siquiera; es el simbolo del mundo, el retrato de la humanidad en el perigeo de su fortuna y de su gloria. Abridle paso, vosotros los de esa bulliciosa comparsa; se dirige al templo á pedir y orar, á verter lágrimas por sus pasados estravios y elevar su espíritu á otro mundo mejor. Nosotros quizá llegaremos á sus años, y entonces nos llamaremos dichosos si le sabemos imitar.



¡Cuántos de nosotros seremos polvo el año que viene, cuántos acaso antes de pocos días, cuántos tal vez dentro de un instante! Somos los átomos de un reloj de arena, que caen sin interrupción en el abismo de la nada. Somos las hojas del árbol que arranca el aquilon y marchita el invierno de la vida; y no hay para nuestra existencia auras que nos hagan germinar, sol que nos logre florecer, primavera que nos pueda reproducir. Todos los tesoros del mundo, todas las grandezas de la tierra, todos los honores, dignidades y gerarquías que ha inventado la necesidad y discurrido el orgullo de los hombres; la firmeza de los vinculos que nos unen á lo terreno, las mas dulces afecciones de la patria y de la familia, nada de esto puede libertarnos de la tierra que reclama nuestro cuerpo como un hermano suyo; todo es impotente en el momento supremo señalado por el dedo de la Providencia.

Por eso nos acordamos del polvo de que nacimos y del polvo adonde tenemos que volver; jóvenes como somos, y hallándonos en el mas brillante periodo de la robustez y de la vida, pensamos sin susto en el día de nuestra muerte, como en el infalible término de nuestra peregrinacion sobre la tierra. Nos familiarizamos así con la idea que á otros anonada y confunde y que á nosotros nos enseña como un libro de eterna sabiduria, en que leemos todos los días y estudiamos en todas las épocas de nuestra harto azarosa existencia. Por eso asociamos hoy nuestras humildes consideraciones á aquellas sublimes palabras con que la Iglesia apostrofa á los hombres en la solemne conmemoracion de su origen carnal y de su porvenir en la tierra.

Madrid 25 de Febrero de 1852.

DOMINGO DONCEL Y HORDAZ.

## IMPRESIONES DE UNA NOCHE. (\*)

Hermoso pabellon de terciopelo  
Que ante los ojos del Señor colgado

(\*) Leida en el liceo de San Eloy.

Nos le ocultas tal vez con ese velo  
De mil estrellas en su azul bordado.

Yo te saludo célica cortina;  
Yo saludo tambien los luminares  
Que la mano de Dios lanzó divina  
Por inmensos espacios á millares.

Yo saludo la luz cándida, pura  
De la blanca señora de la noche,  
Y saludo la brisa que murmura  
Meciendo de la flor el lindo broche.

Benditas ¡ay! mil veces, noche hermosa  
Tus apacibles sombras bienhechoras,  
Que una calma difunden misteriosa  
Cercada de ilusiones reductoras.

Sombras leves que cruzan el espacio  
Cambiando en varias formas de belleza,  
Y al oido pronuncian muy despacio  
Amorosos acentos de pureza.

Del sol de agosto la abrasada lumbre  
El cuerpo enerva, el ánimo fatiga;  
Mas al llegar la noche á su alta cumbre  
Sus alas vate y el ardor mitiga.

De amor un aura suave se respira  
Cargada de suspiros y de aromas;  
De amor tambien el corazon suspira  
Si percibe el cantar de las palomas.

Amorosa pareja en blando nido  
Se aduerme con amante dulce arrullo,  
Y el viento le conduce á nuestro oido  
Con suave aliento y celestial murmullo.

¡Que venturosas son, noche querida,  
Tus breves horas para mi un instante!  
Instante celestial que adormecida  
Tiene mi alma en ilusion amante.

Palpitando de amor mi corazon  
Del pecho que le oprime, quiere huir  
Y amoroso volar á la mansion  
Donde otro corazon siente latir...

Mas ¡ay! yo le contengo, que en mi pecho  
Siempre albergue purísimo ha tenido,  
Y tal vez sin piedad pedazos hecho  
Con desden lo arrojáran al olvido.

Entonces ¡ay de mi! no bastaria  
Para calmar mi triste desventura  
El llanto de dolor que verteria  
En raudales inmensos de amargura.

Lágrimas ¡ay! de fuego abrasadoras  
Surcáran por mi pálida megilla,  
Y de mi juventud fueran las horas  
Destellos de una luz que apenas brilla.

Cual moribunda lámpara espirante  
Mi triste vida así se extinguiria,



Trémula brillaría un solo instante  
Y cual ella tambien se apagaria.

¿Mas por qué de esta imagen espantosa  
Me dejo apoderar, cuando en mi anhelo  
Miro brillar como el zafiro hermosa  
Una estrella purísima en el cielo?

Tal vez en ese luminar divino  
Un angel puro mi existencia vela;  
Tal vez oculto marca mi destino  
Y en la luz de esa estrella lo revela.

¡ Quien pudiera volar hasta la altura  
Donde habita palacios de zafir,  
Y la niebla rasgas densa y oscura  
Que encubre mi ignorado porvenir!

¡ Quien sabe si esa fulgurante estrella  
Astro de amor que enciende mi esperanza  
Va á conducirme por gloriosa huella  
A un puerto de sosiego y de bonanza!

Quien sabe si esa luz esplendorosa  
Brillará por divina permision  
El secreto guardando silenciosa  
De un dia de final desolacion,

En que arrojada sobre el mustio suelo  
Por la mano irritada del Señor,  
Al mundo sumirá en eterno duelo  
Con incendio voraz abrasador !!...

Mas no, no brilla en ti, lucero mio,  
Ese fulgor fatídico temible  
Que pensaba en mi loco desvario,  
Cual hoguera infernal, mirar horrible.

Tu no serás la luz que en pasagera  
Hora brillára con fulgor divino,  
Y en tinieblas mas densas me sumiera  
Luego en torcido y áspero camino.

Tu no eres, no, de mi fatal estrella  
La luz que me abandona en noche umbria:  
Eres de mi ventura imagen bella,  
Eres la luz de la esperanza mia.

Siempre te ostentarás deslumbradora  
Prendida en esa hermosa colgadura;  
Siempre serás la estrella brilladora  
En que cifro mi gloria y mi ventura.

Lejos de mi los tristes pensamientos  
Que el corazon abaten de dolor:  
Gocemos de la vida los momentos  
Que nos ofrece juventud y amor.

Otra vez, noche hermosa, te saludo  
Con tus céfiros suaves y amorosos,  
Y tus mágicas sombras, dulce escudo,  
De tiernos amadores venturosos.

VICENTA VILLALUENGA Y GARCIA.

Agosto 1851.

Escenas de la vida Maritima. (\*)

UNA RAZZIA DE TIBURONES.

Hacia mas de un mes que habiamos penetrado por el estrecho de Allas en el archipiélago de la Australasia. A los huracanes del tormentoso cabo de Buena Esperanza, y de las islas Mauricias, habian sucedido las turbonadas no menos peligrosas de la zona Tórrida; nuestro barco, demasiado sensible á los temporales que son tan frecuentes en el hemisferio del Sur habia rendido por dos veces los masteleros de juanete y de gavia, la escota mayor y el escotin de velacho, y apenas reuniamos un aparejo completo y útil, para navegar con éxito contra las impetuosas corrientes del Océano Pacifico, en demanda del cual caminábamos por una mar atestada de escollos.

El capitan de la *Sabina*, hombre rudo y enérgico de carácter, era un intrépido aventurero que estaba acostumbrado desde niño á las malas jugarretas del mar de la India: seis veces se habia visto á pique de naufragar con su buque, y otras tantas su presencia de espíritu, y su incansable arrojo, habian salvado la tripulacion de una muerte segura. Los dias de tempestad eran sus dias de gloria, sus hermosos dias de boda y de regocijo, como decia él sonriendo á los pasajeros amedrentados. Sentado á barlovento sobre el castillo de popa de la fragata, contemplaba con una atencion delirante la lucha desigual de su nave con las gigantescas olas del Océano: sus tostadas facciones se animaban de alegría, cada vez que la quilla de la *Sabina* se deslizaba sutil sobre la espalda del furioso elemento, que aspira á tragarse la tierra, y cuando un viento frescachon de los polos, dando de bolina en la mayor y las gabias, tumbaba la fragata á sotavento, produciendo ese estridente crugido de las vergas, que suena tan mal al oido de los viajeros. *Orza*, gritaba el capitan

(\*) Este artículo formó parte de una coleccion publicada en la *Semana y Museo de familias*.



Elias, viendo á la ola reventar sobre su cabeza: orza, timonel, y el buque se enderezaba para recibir por la popa con la mayor coqueteria á la montaña de agua, que lo hubiera anegado sin aquella maniobra.—Brabo, *Sabina*, añadía observando como su querida fragata se gallardeaba sobre la cúspide de otra ola colossal.—¿No ven VV. señores á mi valiente *Sabina*? es el mejor marinero del mundo: en cuanto siente la espuela eléctrica de la tempestad, bufa, relincha, se columpia como el caballo fogoso, salta de abismo en abismo, vuela y se precipita por la superficie espumosa del líquido irritado, y no detiene su rápida marcha hasta que á mi me place sugetarle la brida: entonces se para de repente jadeando, hace crugir los masteleros de proa, y yo mando afer- rar las velas para que la pobre descanse de su fatiga. ¡Oh! ¡que bella me parece entonces mi valiente *Sabina*!

Entre las varias anédoctas que se contaban del capitan Elias, citaremos una que en nuestro concepto, pinta muy de relieve su imperturbable sangre fria.

Navegaba en cierta ocasion de piloto con rumbo á la América del Sur, y su capitan, que no entendia demasiado de estimas ni de cálculos astronómicos, habia cedido al bravo Elias el gobierno y la derrota de la nave. Cierta noche en que el viento refrescó de improviso, dando muestras de aumentar su furor de minuto en minuto, Elias, despues de contemplar el cariz de los horizontes chubascosos, y las oscilaciones de la columna barométrica, se decidió por fin á despertar al capitan, que dormia tranquilo en su camarote.

—Capitan el viento va refrescando por segundos.

—Pero cabrá en un saco, bravo Elias? respondió el capitan.

—Creo, añadió el piloto, que si no tomamos rizados á las gabias, y cargamos la mayor y el trinquete, mañana amanecemos sin un trapo.

—¿A que hora sale la luna, señor piloto?

—A las once menos veinte minutos, capitan.

—¿Y que hora tenemos?

—Las diez y diez y seis minutos.

—Marchad, Elias, el toro no bramará mas que una hora.

—¿Qué quereis decir, capitan?

—Que la luna saldrá y lo barrerá todo.

—Pero capitan observad que llevamos la mayor, el trinquete, la mesana, y las gabias, y el viento bufa como un renegado.

—¿Y que tendriais acaso miedo, señor piloto?

—Tengo prudencia, capitan; á la verdad la noche está un poco lóbrega, y no fuera malo que acortasemos vela.

—Id, amigo mio..... y hasta mañana.

El capitan se volvió del otro lado, y Elias se dirigió á ocupar su puesto cerca de la vitácora. Fiel á su consigna dejó navegar el buque, bien amurado sin quitar ni una vela; pero aun no habian transcurrido tres cuartos de hora de temerarios esfuerzos, cuando la *Silfide* rindió de improviso todos los palos, quedando á merced de las aguas. Al estruendo que produjo sobre cubierta el hundimiento de la arboladura, el capitan saltó de su litera, y fué en busca del primer piloto.

—Elias, le dijo cuando observó el destrozo de la nave, ¿que es esto? ¡Virgen del Cármen!... ¡Estamos perdidos!

No es nada, capitan, replicó el primer piloto, *salió la luna..... y todo lo ha barrido....* Hemos jugado los tres palos en una mala racha; pero nos queda el timon para bailar la polka, y el patio de la casa (\*) que en un apuro es ancho para eludir la tierna vigilancia de los tiburones...

El buque arribo á tierra por un milagro de la Providencia, y el piloto de la *Silfide* fué ascendido á capitan de la marina mercante, con honores de alferéz de navio.

Tal era el valiente marino en cuya compañía acabamos de visitar las islas de Sumbawa, Lomboch, Balli, Célebes, Sallayer, Cambina, Bonton, Weyobongi, Xula—Bessy, Bonro, Xula—Taliabo y la isla de Gomona, pertenecientes todas á la congregacion del Archipiélago malayo.

(\*) Alude á la mar llamada asi por los marineros en su language metafórico.



Hallámonos situados á la sazón á 4° lat. S. de la línea equinocial, y 120° 20' de longitud E. del meridiano de Cadiz. Teníamos á la vista las islas de Geoy, Zafos, Wiang, Siang y Eyé, que forman el paso de Gilolo al mar pacífico, y esperábamos hacia ocho dias una brisa benéfica, que nos llevase al otro lado del estrecho, donde al menos pudiéramos correr en ancha mar, zafados de los peligros que ofrecen á cada paso los llamados estrechos.

Era domingo, y estábamos en calma chicha: el termómetro Farenheit marcaba 88,° y no habia ser humano que pudiese resistir á bordo los ardores del sol equinocial, cayendo á plomo sobre nuestras cabezas. La mar tranquila y tersa como una plancha de acero, parecia arrojar chispas volcánicas por todo el horizonte, y nuestras pupilas, un tanto debilitadas por los fosfóricos reflejos, no podian resistir la impresion ardiente de aquellos fenómenos de luz abrasadora. Habíamos puesto los toldos agalerados, y asi evitábamos en cierto modo los estragos producidos por la reflexion de la luz tropical; mas no podíamos impedir de ninguna manera una lenta asfixia que se iba apoderando de todos nosotros. La falta absoluta de aire comprimía fuertemente nuestros pulmones, y todos mas tarde ó mas temprano, temíamos sucumbir ahogados en aquella atmosfera de fuego.

A los males que son consiguientes á una situacion tan desesperada, habia que juntar otros peligros de no menor importancia: los viveres escaseaban á bordo hacia mucho tiempo, y apenas teníamos el agua necesaria para nuestro consumo. El capitán con su prudencia acostumbrada, conocia la urgentísima necesidad de dar refrescos á la gente para impedir el escorbuto; empero ocho dias continuos de una calma asoladora, le obligaban á conducirse con ríjida economia en este punto. Sin embargo, aquel dia, como dijimos antes, era domingo, y ya se sabe con cuanto respeto y veneracion celebran en alta mar los marinos las fiestas de precepto.

La tripulacion vestida de gala desde el amanecer aguardaba con ansia, lo mis-

mo que los pasajeros de la *Sabina*, el refresco que el capitán habia prometido dos dias antes: la hora tan suspirada llegó por fin, y los marineros provistos cada cual de su correspondiente vaso de hoja de lata ó de coco, fueron recibiendo una escatimada racion de agua y vinagre azucarado, que en aquellas alturas no podian menos de considerar como de un precio superior al manjar mas esquisito. Cuando todos hubimos mitigado el ardor de nuestras resequidas fauces, el capitán, que no cesaba de contemplar el horizonte por babor y estribor, silvando, segun una supersticiosa costumbre, para atraer el viento, algunos aires maritimos, mandó á la tripulacion, compuesta en la mayor parte de Indios bengalies y filipinos, que arreglasen un tinglado con las velas rifadas por el viento, y dió permiso para que todo el que quisiese pudiese tomar un baño en plena mar, sin separarse empero de la fragata.

Esta orden fué recibida con grande júbilo por la gente de abordo, y media hora despues se hallaba prevenido para volverse al agua, un baño artificial formado con varios retazos de lona vieja, cuyo baño debia proteger en su caso á los marineros de la *Sabina*, contra los sangrientos y encarnizados ataques de los tiburones.

—Cuidado con las tintorerías, muchachos, les dijo el capitán cuando todo lo vió dispuesto, ya sabeis que los vichos acuden al olor de vuestra carne. (1)

—No hay miedo, capitán, somos antiguos conocidos.

—Con todo, bueno será que os mantengais á la capa. Y viendo á un marinero indigena que subia al bauprés para lanzarse al agua desde su altura:

Oye tu gabiero mayor, gritó de repente el capitán Elias, adonde vas sin el volo? (2)

(1) Los tiburones manifiestan una grande aficion á la carne negra ó cobriza de las regiones tropicales, en términos, que entre veinte hombres blancos y uno negro, su instinto les conduce en derechura á este último.

(2) Asi se llama el cuchillo que usan los marineros Filipinos.



—No lo necesito, señor, contestó el marinero.

—Anda á tomarlo, malayo, replicó el capitán, y evita si puedes los colmillos de tus amigos los tiburones.

En seguida cinco ó seis marineros dirigidos por el gabiero mayor y el capitán de ganado, se lanzaron al agua desde lo alto de las bordas, provisto cada cual de su correspondiente cuchillo.

Apenas haria diez minutos que las aguas del Archipiélago malayo, habian dado paso á los acobrados cuerpos de los bañistas, cuando el guardian de abordó, que se hallaba sobre la cofa del palo mayor para dar el alerta á sus compatriotas, gritó de repente con todas sus fuerzas.

—Hola, Rufino, Miguel, Antonio, Zacarías, ¡el tiburón! ¡el tiburón!

Este grito pavoroso produjo un instante de confusion en el buque. El capitán, que se hallaba recostado en un caramanchel, meditando sin duda en los medios de evitar los peligros de la continuacion de la calma, se levantó dirigiéndose á proa, y dando la voz de mando de

*Entra á popa: arria botes al agua.*

Inmediatamente el segundo piloto armado con un arpon, el contramaestre, los pilotines y el guardian, seguidos de algunos marineros que llevaban jarcias y lanzas arrojadizas, saltaron á los botes, que descendieron por babor y estribor á la voz ejecutiva del gefe de abordó. El resto de la tripulacion subió sobre las vergas y masteleras, curiosa de presenciar la escena que iba á representarse sin duda en aquel terrible anfiteatro.

Al escuchar la voz de alerta dada por el guardian desde la cofa, los marineros bañistas habian procurado ganar á fuerza de brazos la vela de salvacion, que debia ofrecerles un pavimento inseguro debajo del agua, al abrigo sin embargo de los tiburones. Pero el guardian habia visto acercarse un solo tiburón por la popa, en tanto que por la banda de babor donde se hallaban los Indios, llegaban otros dos formando en el agua amarga de la linea, una ondulante y prolongada estela.

Rufino el mas atrevido de los buzos bengalies, estaba algo distante de la fra-

gata cuando se dió el alerta: fijó su vista experimentada en la direccion del enemigo; calculó la distancia que aun tenia que nadar hasta la vela; y considerando que el tiburón debia alcanzarle en el camino, desató su cuchillo de la cintura y esperó con valor. Uno de los dos tiburones se aprosimaba con la velocidad del rayo, en direccion paralela del Indio. Rufino conoció que era llegado el momento, y esgrimiendo su cuchillo con mano vigorosa se sumergió en el mar precisamente cuando el monstruo se volvía boca arriba para devorarlo. El gabiero mayor debió colocarse debajo del tiburón, y herirle profundamente en el lomo, porque elevándose este á flor de agua, con su barriga blanca como la nieve, sacudió con su cola un tremendo latigazo y volvió á sumergirse en las aguas: algunos torbellinos de espuma sanguinolenta, vinieron á deshacerse en menudos globulillos sobre la superficie del plateado elemento.

En aquel instante se arriaban los botes de la fragata, y un grito de dolor resonaba por todas partes. Rufino, el valiente gabiero, acababa de presentarse sin su cuchillo, y el infeliz pedia socorro con voz ahogada: los tiburones acudian presurosos al olor de la carne, y el desdichado Indio no contaba con ningun medio de defensa: su situacion era horriblemente crítica; tal vez hubiera sido devorado en aquel instante si Antonio, uno de sus compatriotas y amigos, viendo el apuro en que se encontraba Rufino, no se hubiese lanzado á socorrerle con dos cuchillos. Pero ¡ay! estaba escrito que tan noble abnegacion fuese inútil. Antonio no pudo llegar á socorrer á su amigo, sin verse él mismo en la necesidad de colocarse en guardia contra otro de los tiburones, que nadando sobre su espalda debajo del Indio, ascendía rápidamente con la boca abierta en direccion del infeliz marinero. Por lo que hace al pobre Rufino, teniendo que combatir sin otra defensa que una cabilla de madera, que le arrojaron del buque, se preparó á hacer frente con serenidad á su contrario.

(Se concluirá.)

FRANCISCO SEPÚLVEDA.



## Colegio de Calatrava.

Este Colegio fué fundado en 1552 de orden, y bajo la proteccion del Emperador Carlos V. El edificio, cuya fachada principal copia el grabado, (\*) es obra del siglo último, y de los mejor conservados de Salamanca, aun cuando tambien la ruina ha invadido parte de sus galerias interiores. Sin embargo de que su estilo de orden dórico no muy exacto, peque algo contra las reglas de buen gusto, es agradable el golpe de vista que ofrece. Sus numerosas y simétricas ventanas se hallan adornadas de molduras y remates, y separadas por columnas áticas con su correspondiente pedestal, que se elevan tanto como el edificio concluyendo su cornisamento por una balaustrada. La portada es de orden compuesto, pero las columnas carecen de justa proporcion y belleza; por cima de ella hay un medallón con las armas de la orden, y una urna con la estatua, bastante buena, de S. Raymundo. El centro del edificio termina por un cuerpecito dórico mas completo que lo restante de la fábrica. A los dos lados se elevan torreones, con buenas portadas. Súbese á este edificio por una hermosa escalinata, que formando ancho descanso á los lados de las portadas, se eleva despues en otra especial á cada una.

El famoso Jovellanos fué visitador de este Colegio, y formó sus Constituciones; tambien mandó picar ciertos adornos de mal gusto que, segun parece, afeaban la fachada, dejándola cuál ahora se conserva. Sirve actualmente este edificio de Cuartel á la Guardia Civil.

A \* \* \*

### SONETO.

Cuando te miro en mis ensueños de oro  
Radiante y bella como el sol de oriente,  
No sé que dicha el corazon presiente  
Que mas que nunca fervido te adoro.

(\*) Repartido con el número anterior.

Si una mirada celestial imploro  
Que encienda el alma y mi pasion fomite,  
Al brillo de su luz ciego y demente  
Sucumbo luego y mi desdicha lloro.

Despierto al fin; pero el hechizo santo  
Que me infundiera el fuego de Cupido,  
Obra en mi ser con despotismo tanto,  
Que en vano me alzo y libertad le pido,  
Pues despierto me vence con encanto,  
Si con amor me fascinó dormido.

DOMINGO DONCEL Y HORDAZ.

1845.

**FILANTROPIA ESCOLAR.**—Unos cuantos estudiantes de esta Universidad, salieron en comparsa el tercer dia de Carnaval, y gracias á la galanteria que siempre ha distinguido á esta clase ilustrada, supieron recaudar doscientos seis reales, que han tenido ingreso en la comision del Banco, con aplicacion al Hospital de la Princesa. Anotamos con gusto este rasgo de filantropia y caballerosidad, y sentimos no poder espresar el nombre de estos humanitarios escolares.

**El jueves por la noche tuvimos el** gusto de asistir á la funcion que en casa del Sr. Periañez se verificó por una reunion de niños todos de cortísima edad. Tres piecitas pusieron en escena «Por no decir la Verdad» «Un amor á la Moda» y el «Desvan.» Su desempeño fué muy satisfactorio distinguiéndose las Sritas. Riva y Estevez por la naturalidad y fácil soltura con que se presentan en la escena; no podemos menos de hacer mencion por igual motivo de la Srita. Brusi y el Sr. Periañez. En los intermedios se aplaudió con justicia á los Sritos Rodriguez y Solis (D. Ramon) en dos canciones andaluzas, agradando sobre manera el Duo del Duende ejecutado por la Srita Periañez y Sr. Solis (D. José.) En la última pieza los Sritos Diaz y Perez, llenaron cumplidamente su papel.

La amabilidad de la Sra. de la casa y la concurrencia lucida que asistió contribuyeron á amenizar la funcion; entre las Sritas. que ademas de la familia del Sr. Periañez, notamos en la reunion se contaban, las de Renau, Solis, Bercoustre, Ramas &c. &c., las Sras de Cruz, Arteaga, Olleros, &c. &c.

**ERRATA.** En el número 21 pag. 232, columna 1.<sup>a</sup>, dice: «espaldas»; léase «faldas.»

SALAMANCA:

**Imprenta de D. Telesforo Oliva,**

Calle de la Rua, número 25.